



Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando y la Industria en el siglo XVIII

18 y 19 de octubre de 1996
Parque Empresarial San Fernando

Dirección Científica y Técnica
Susana Torreguitart Búa

Secretaría Ejecutiva
Susana Nieto Viguera

Comité Científico

Inés M^a Arenas Murillo
Directora del Archivo Municipal de la Villa y
Real Bosque de Villaviciosa de Odón

Pilar Benito García
Conservadora de Patrimonio Nacional

Julio Cerdá Díaz
Director del Archivo Municipal de Arganda del Rey

Margarita Merlos Romero
Directora del Archivo Municipal del Real Sitio y
Villa de Aranjuez




PARQUE EMPRESARIAL
SAN FERNANDO

 RENTIBER
ASOCIACIONAL

 Telefonica

Comunicaciones 155

Las fábricas de alfombras madrileñas del siglo XVIII

Ana García Sanz 157

Informe sobre el archivo inédito de una industria madrileña
del siglo XVIII: La Real Fábrica de Tapices

Florentina Vidal Galache 169

La Real Fábrica de tejidos de seda, plata y oro de Talavera de la
Reina: operarios y maquinaria a partir del censo de 1777

Luis Francisco Peñalver Ramos 179

Cabeza de Jano, Cuerpo de Proteo. El discurso sobre el fomento
de la industria popular y la historiografía actual

Angel Requena Fraile 193

Los Archivos y la Industria del siglo XVIII

Belén de Alfonso Alonso-Muñoyerro 205

Restos arqueológicos hallados en la Sala de Raspamiento de la
Real Fábrica de Cristales de la Granja

Paloma Pastor Rey de Viñas

Ignacio de las Casas Gómez (Asesor) 219

Francisco Salvá, un ilustrado visionario y precursor de las
telecomunicaciones

José María Romeo López 231

temas compulsivos de abastecimiento), pero tampoco debemos hacer caso omiso del dinamismo que Madrid, como sede de un vasto mercado, ejerció sobre algunas localidades de su Tierra, favoreciendo la generación de riqueza a través de la industria rural. En la interacción con su entorno no siempre aparece la capital como un sujeto receptor o pasivo, sino más bien involucrada en un intercambio cooperativo en el que ambas partes obtenían ventajas a cambio de cierto coste. La cuestión así se complica más porque nos aleja de fáciles simplificaciones; pero ello no puede sino estimularnos a aceptar el reto de la complejidad que encierra todo proceso de cambio social.

Coyuntura económica e ilustración. La fábrica de tejidos e hilados de Morata de Tajuña (Madrid) a fines del siglo XVIII	
<i>M^a Pilar Corella Suárez</i>	243
Industria rural y clases sociales bajo el impacto de la corte: La provincia de Madrid (Siglos XVI-XVIII)	
<i>José A. Nieto Sánchez</i>	259
La colección de máquinas y herramientas de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País (1775-1824)	
<i>Antonio Manuel Moral Roncal</i>	277
Los Tribunales de Justicia de la Real Casa como fuentes para el estudio del Real Sitio de San Fernando	
<i>M^a Teresa Fernández Talaya</i>	289
Lo que fue y lo que pudo ser una experiencia agrícola en San Fernando. La ordenación de la vega entre 1756-1840. Don Fernando Boutelou y Soldevilla	
<i>Adoración González Pérez</i>	307
El Castillo-Palacio de Aldovea	
<i>Julio Escalona Monge</i>	
<i>M^a Luisa Menéndez Robles</i>	
<i>Francisco Reyes Téllez</i>	325
Goya y la Real Fábrica de Papel de San Fernando	
<i>María del Carmen Hidalgo Brinquis</i>	347

INDUSTRIA RURAL Y CLASES SOCIALES BAJO EL IMPACTO DE LA CORTE: LA PROVINCIA DE MADRID DURANTE EL SIGLO XVIII

José A. Nieto Sánchez (Equipo Madrid de Estudios Históricos)

La industria doméstica rural se ha convertido en un objeto cotidiano de la historia económica y social gracias al debate suscitado por la teoría de la protoindustrialización. Una de las consecuencias de este debate ha sido el desplazamiento del interés de los historiadores desde los aspectos más espectaculars de la industrialización a las experiencias de transición que destacan precisamente por su carencia de espectacularidad. No obstante, las críticas recibidas por este modelo analítico han motivado una fractura en la historia económica y una revisión del modelo protoindustrial clásico, que procede en buena parte de una "segunda generación" protoindustrial¹.

Las aportaciones más interesantes de esta nueva generación podrían resumirse en: 1- el estudio de los cambios institucionales de la época, desde las reglas comunitarias y el sistema de tenencia a las corporaciones urbanas y las estructuras estatales, que con sus normas regulaban los mercados de la tierra, el trabajo, el capital y la producción; 2- el análisis de las ciudades como sujetos activos y no parasitarios: las ciudades fueron centros de mercado que jugaron un papel decisivo en la instalación de una industria, en el seno de las cuales aparecen los gremios -cuando despojamos su estudio de simplificaciones- pudiendo llegar a formar parte de una organización protoindustrial del trabajo; y 3- una revisión de las relaciones campo y ciudad en la que destaca la cooperación entre ambos ámbitos en lo tocante a la organización de la producción y el comercio.

Algunas de estas aportaciones han sido asumidas por la historiografía española, que comienza a abordar temas como la decadencia de las industrias tradi-

1. Los textos clásicos protoindustriales son MENDELS, F.: "Proto-Industrialization: the First Phase of the Process of Industrialization", *Journal of Economic History*, XXXII, 1972, págs. 241-261, y KRIEDTE, P. MEDICK, H. y SCHLUMBOHM, J.: "Industrialización antes de la industrialización", Barcelona, 1986. La expresión "segunda generación" se debe a OGHVIE, S. C.: "Proto-industrialization in Europe", *Continuity and Change*, 8 (2), 1993, págs. 159-179. Para esta revisión, véanse los restante artículos de esta misma revista.

cionales y, en especial, las rurales. Aunque la investigación se ha centrado en los orígenes y trayectorias de las industrias "triunfadoras" -las que lograrían llegar hasta nuestros días²-, se empieza a hablar de la cara oculta de las manufacturas, es decir, la evolución de los sectores que no sobrevivieron o no llegaron a ser líderes. Estos análisis cuestionan aquellas visiones lineales del pasado en las que se asume la situación presente como producto de lo inevitable³. Además, profundizan en el papel de las clases sociales implicadas en el proceso protoindustrial, proceso cuya posibilidad de desarrollo dependía de la presencia o ausencia de un grupo social que canalizase la necesaria acumulación de capital y aprovecharse las oportunidades para concentrar a los productores dispersos; y cuya influencia podía ser mínima si la acumulación de capital derivada del desarrollo industrial la protagonizaba un grupo social en vías de asimilación a las clases dominantes u otro totalmente ajeno al país, pues la inversión acababa siendo trasferida a tierras u otros bienes inmuebles⁴.

Para el presente ensayo se han tenido en cuenta las aportaciones mencionadas de nuestra historiografía y una parte de la revisión de la segunda generación protoindustrial, en especial, el análisis de la ciudad como sujeto activo y el carácter cooperativo de las relaciones campo-ciudad. Los cambios de la estructura institucional y cómo éstos influyeron en la exigua protoindustria madrileña no los hemos incorporado aquí dado el vasto campo de estudio que representan. Tan sólo pretendemos llamar la atención sobre el hecho de que Madrid, como sede de un activo mercado, transmitió un dinamismo a su territorio canalizado a través de la formación de unas redes de intercambio con los pueblos cercanos, que, sin embargo, no necesariamente resultaría en un posterior proceso de industrialización. En las dos primeras partes se examina la respuesta de la estructura productiva de las localidades de nuestra provincia al impacto que supuso el establecimiento de la Corte. Un tercer apartado se dedica al papel jugado por los principales grupos sociales interesados en la inversión en manufactura. Los sectores analizados destacan por haber sido hasta el momento escasamente atendidos por la historiografía.

2. El grueso de la investigación se centra en el textil ya que, debido a su potencial de suministro para un mercado masivo, era el sector industrial más importante antes del capitalismo. Una relación bibliográfica actualizada en GARCÍA SANZ, A.: "Competitivos en lanas pero no en paños: lana para la exportación y lana para los telares nacionales en la España del Antiguo Régimen", *Revista de Historia Económica*, XII, 2, 1994, págs. 397-434.

3. Estudios como el de CARMONA BADÍA, sobre el lino abordan actividades que se quedaron por el camino y que se tratan marginalmente. "El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)", Barcelona, 1990. En esta línea, NADAL, J. y CATALÁN, J. (eds.): "La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX-XX)", Madrid, 1994.

4. CARMONA BADÍA, J.: "Clases sociales, estructuras agrarias e industria rural doméstica en la Galicia del siglo XVIII", *Revista de Historia Económica*, II (3), 1984, págs. 38-39.

1. El impacto de la Corte en la Tierra de Madrid

El predominio de las funciones políticas, el asentamiento de gran parte de la clase feudal y la expansión del consumo suntuario, han llevado a considerar a Madrid como un inmenso parásito succionador de los recursos de su entorno⁵. Este análisis minusvalora el papel urbano como centro productivo o de intercambio. Una mirada más atenta, sin embargo, desvela que la ciudad transmitió, desde la misma instalación de la Corte, un cierto dinamismo al campo circundante y que algunas fases productivas se situaron en el área urbana con objeto de satisfacer la demanda de las élites, lo que incentivó una progresiva relación entre la ciudad y el campo. Esta creciente demanda de artículos sumarios también estimuló los vínculos comerciales a larga distancia y el paralelo fortalecimiento del capital mercantil. Además, los 150.000 habitantes que Madrid tenía a mediados del siglo influyeron decisivamente en su estructura productiva.

Tampoco es extraño que, desde el mismo asentamiento de la Corte, la característica que define las estructuras productivas de los pueblos de su Tierra -auténtico señorío de la ciudad- sea el destino de su producción: el mercado de la urbe. Madrid extiende sus tentáculos sobre una gran parte de su alfoz, aunque no descuida las villas y lugares del resto de demarcaciones territoriales cercanas. En este sentido, cabe destacar cómo la alfarería de Alcorcón, la producción panadera de Vallecas, los pueblos constructores y la industria del cuero de Pozuelo y Aravaca, lograron escapar, gracias a su industria doméstica (en algunos casos, cercana a la protoindustria clásica), a los efectos "perniciosos" de la cercanía de la capital.

Los habitantes de Alcorcón se especializaron en la alfarería y sus productos conquistaron demandas como la madrileña y la de la misma Casa Real, amén del mercado regional castellano. Las razones del éxito se hallan en la abundancia de materia prima de sus cercanías, en la naturaleza del producto -vidriado común de calidad excelente ya que servía para el fuego y era muy duradero- y en la organización de la producción basada en la descentralización propia del *kaufsystem*. A sus 15 hornos se vinculaba buena parte de los 268 vecinos con profesión consignada, sobre todo, mujeres⁶.

Vallecas, por su parte, presenta un dinamismo sorprendente y un proceso de acumulación de capital propiciado por la abundante propiedad de su nobleza y clero así como de los forasteros de Madrid. Este selecto grupo poseía y cultivaba el

5. El paradigma de Madrid como ciudad parásita, en RINGROSSE, D. R.: "Madrid y la economía española, 1560-1850: Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen", Madrid, 1985.

6. LARRUGA, E.: "Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España...", Tomo III, Madrid, 1788, págs. 134-5.

87 por ciento del término municipal, y necesitaba un gran número de asalariados y una compleja división del trabajo, lo cual se hacía extensivo a la industria más importante del pueblo: la panadería. Esta actividad era fomentada por estos labradores ricos, que panadeaban una mínima parte de su trigo y el resto lo vendían a los panaderos profesionales, lo que explica la especialización del pueblo en la producción de pan destinado a Madrid. El *Catastro* nos muestra a 40 panaderos que empleaban a 200 personas en los distintos oficios de esta industria, y poseían dos docenas de carros y cerca de tres centenares de caballerías con las que conducían el pan a la capital. A ello se une su diferenciación como grupo, con estatuto propio, y su gran expansión (se llegaron a contabilizar hasta 70 tahonas en las que se empleaban en total entre 560 y 700 personas)⁷.

Por otro lado, como el desenfrenado ritmo extractor de piedra que necesitaba la construcción madrileña no se bastaba con el pedernal de los arrabales urbanos, en el alfoz capitalino se compaginaba dicha actividad con el acarreo hacia la Corte. Esta especialización es un rasgo que comparten los pueblos de realengo (Coslada y Vicálvaro) y los de señorío (Rejas). De este último se extraía el pedernal que surtía a las obras madrileñas debido a su extraordinaria resistencia. Actividades complementarias a la cantería, como la producción de ladrillos, baldosas o mampostería, se realizaban también en los arrabales de Madrid y en los pueblos cercanos, como Valverde, en donde la mitad de la población se dedicaba en exclusiva a realizar cal destinada a Madrid. El mercado de la Corte condicionaba, por tanto, la estructura profesional de Valverde, y a través de la leña, necesaria para producir la cal, se sabe que eran siempre forasteros -posiblemente de Madrid- los que se dedicaban a su compra. Tampoco eran de Valverde los que conducían la cal a la capital. Intereses ajenos a los pueblos se detectan también en Villaverde, donde un grupo de franceses producía 12.000 tejas al año en cada uno de sus 100 hornos⁸.

Estas "fábricas" manifiestan el dinamismo generado por la Corte y plasmado en las dedicaciones de los habitantes del territorio circundante. Éstos, en su mayoría trabajadores no especializados, se contrataban en las canteras o en los diferentes hornos de cal, yeso o ladrillo, y aunque su retribución era escasa -apenas les permitía salir de la penuria en que se encontraban- representaba un importante apoyo para los ingresos locales.

7. Estos panaderos estaban incluidos en las "Ordenanzas de la Hermandad de tahoneros y panaderos de la corte de 1757", AVM, Secretaría, 1-450-10. El número de tahonas en "Interrogatorio de Lorenzana", en Tomo II, pág. 282. Sobre la estructura de la propiedad, MADRAZO, S. y otros, "La Tierra de Madrid", en MADRAZO, S. y PINTO, V. (dirs.): "Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura", Madrid, 1991, págs. 64-5.

8. Sobre la baldosa y el ladrillo, AVM, Secretaría, 2-241-55. Para Valverde y Villaverde, "Interrogatorio de Lorenzana", Tomo II, pág. 317.

2. El resto de la provincia: entre el *kaufsystem* y la industria rural de subsistencia

Según nos alejamos de la Corte, la penetración de los intereses madrileños se atenúa, lo que facilita la adopción y generalización de sistemas de producción como el *kaufsystem* o la industria rural de pura subsistencia. El *kaufsystem* se manifiesta en los pueblos de las vegas del Tajo y del Tajuña, especializados en el cultivo de fibras textiles como el cáñamo y el esparto. El éxito del cáñamo se debió a su alternancia con los cultivos de cereales o de legumbres, y al empleo masivo de mano de obra femenina. Las mujeres realizaban la hilaza para el tejido de lienzos y costales que satisfacía no sólo a la demanda local sino también a otros mercados, dada la excelente calidad y duración de los lienzos caseros⁹.

Los habitantes de las vegas del Henares y del Tajuña recogían una importante cosecha de esparto a principios del verano, que también procedían a transformar. El *kaufsystem* era la forma que adoptaban las familias campesinas para realizar, a tiempo parcial, estas actividades de transformación. La mayoría de las veces, las funciones de artesano y comerciante se fundían en una sola persona, que era al mismo tiempo maestro y tratante; mientras en pueblos como Villarejo de Salvanes, dichas labores eran realizadas por jornaleros pobres, lo que nos habla de la proletarización de la mano de obra. En todo caso, el grueso de la producción se destinaba a la feria de San Mateo que se celebraba en Madrid a principios de otoño¹⁰.

Algunas localidades nos ayudan a calibrar la importancia de estos géneros en las economías campesinas y la influencia de la Corte a pesar de la distancia. Los labradores y jornaleros de Belmonte de Tajo se empleaban en la tomiza del liñuelo debido al escaso rendimiento del terreno, actividad que les permitía compaginar a tiempo parcial sus trabajos agrícolas con las fáciles labores de preparación del lino (en las que colaboraba toda la familia). A mitad del siglo, de los 68 fabricantes de tomiza de liñuelo, los que obtenían mayor beneficio eran aquellos que lo vendían en Madrid, el mercado más importante de estos géneros: sólo los 8 "fabricantes" que lo comercializaban allí, producían anualmente más que los 60 restantes.

El contexto de algunas de las regiones que hallaron en la manufactura rural un importante renglón de ingresos, destaca por el predominio de una agricultura de subsistencia, de las pequeñas tenencias agrarias, y por un desequilibrio en la relación entre población y recursos. Todas estas condiciones se dieron al unísono en las

9. "Interrogatorio de Lorenzana", Tomo I, pág. 139 (Colmenar de Oreja) y Tomo II, pág. 115 (Perales de Tajuña).

10. La actividad de los esparteros era importantísima ya que el transporte se hacía a lomos de mulas o caballos. MADRAZO, S.: "El sistema de transportes en España, 1750-18502". Madrid, 1984. Sobre la feria de San Mateo, AHN, Consejos, Libro de gobierno 1.254, ff. 214r-214v.

zonas montañosas, que se distinguen por la pobreza de sus suelos y por la respuesta de sus pobladores a esta carencia: la emigración temporal o estacional, y la especialización en la manufactura. Un ejemplo claro, en Madrid, son las localidades de la Sierra Norte y, en especial, las englobadas en el partido de Buitrago¹¹. La propia topografía del territorio de este señorío auspiciaba unas condiciones agrícolas muy pobres y, por tanto, el auge de la ganadería. En una comarca atravesada por una cañada mesteña era lógico que la victoria de las exigencias de la cabaña ganadera local y trashumante sobre los labradores incidiese en el paisaje agrario, de tal manera que la configuración del territorio estará marcada por el aprovechamiento derivado del cultivo de distintos productos agrícolas en unas determinadas épocas del año, y de su uso, una vez alzado el fruto, como rastrojera por el ganado. Este empleo del terreno se plasma en un paisaje de *campos cerrados* con un escaso porcentaje de superficie cultivada (menos del 25 por ciento en 1753)¹².

El cultivo del lino se adaptaba perfectamente a este tipo de terreno, con suelos muy profundos y húmedos, razón por la cual jugará un papel esencial en la economía local, hasta el punto de que el riego de los linares tenía preferencia sobre el de los huertos y prados. El lino, además, se hallaba en íntima relación con las prácticas agrícolas del resto de cultivos, como evidencia el sistema de alternancia adoptado para su siembra (un año de trigo y otro de lino; en tierras de menor calidad, un año de trigo, otro de centeno y otro de lino)¹³.

Las distintas fases del proceso productivo adoptaban varios modos de producción: mientras el hilado tenía lugar en régimen de trabajo doméstico, el tejido era realizado por alguno de los 72 maestros tejedores de las pequeñas villas del partido. Estos artesanos compartían esta actividad con la del cultivo, debido a que la retribución que recibían por su trabajo cualificado era inferior a la de cualquier otro artesano. Por último, el batanado se llevaba a cabo en los ríos, donde trabajadores especializados dirigían las operaciones del golpeo de los paños para suavizarlos y darles cuerpo y blancura. Esta rudimentaria organización revela unos rasgos propios de industria acotada en un pequeño espacio geográfico, con una baja productividad y una producción destinada al mercado local¹⁴.

11. GRUPO '73, "La economía del Antiguo Régimen. El Señorío de Buitrago", Madrid, 1973, págs. 120-121 y 208-12. Sobre la manufactura en áreas de montaña, GONZÁLEZ ENCISO, A.: "La industria lanera en la provincia de Soria en el siglo XVIII", Cuadernos de Investigación Histórica, 7, 1983, págs. 147-170, y BELFANTI, C. M.: "Rural manufactures and rural proto-industries in the Italy of the Cities". *Continuity and Change*, 8 (2), 1993, págs. 260-264.

12. FERNÁNDEZ MONTES, M.: "Cultura tradicional en la comarca de Buitrago", Madrid, 1990, págs. 111 y 123.

13. FERNÁNDEZ GARCÍA, M.: "Buitrago y su tierra (algunas notas históricas)". Madrid, 1980, págs. 295-299.

14. GRUPO '73, op. cit., págs. 113-115.

Por lo que respecta a la distribución, en Buitrago destacaba la feria que se celebraba en noviembre desde el siglo XIV. Esta feria apunta a un tráfico comercial entre los pueblos de mayor productividad y aquellos otros que poseían telares pero disponían de poca materia prima. Su importancia no logra encubrir la nula conexión de los productores de lino locales con los mercaderes mayoristas madrileños. En ningún sitio aparecen comisionistas o agentes de estos mercaderes comprando o distribuyendo lino, por lo que no es extraño que el grueso de este producto que llegaba a la Corte procediese del exterior -sobre todo, de Galicia-, en donde se localizan los testaferros del capital mercantil madrileño¹⁵.

3. Clases sociales e industria rural: la inversión en la producción

Algunos miembros del capital mercantil se involucraban no sólo en la producción urbana sino también en la rural. Incluso la nobleza y el clero, clases tradicionalmente refractarias a relacionarse con el proceso manufacturero, se introducen en algunos sectores y son capaces de obtener sustanciosos beneficios. Aunque ésta no es la norma, merece ser destacada por su relación directa con el dinamismo generado desde el ámbito urbano.

El capital mercantil

El perfil social de la burguesía mercantil madrileña viene marcado, sobre todo, por sus inversiones en la mejora y continuidad de sus negocios, en la adquisición de acciones y la compra de tierras y casas. Como en siglos anteriores, sus miembros prefirieron invertir allí donde el riesgo fuese menor y mayor el beneficio. Así, apostaron por exportar lana, negociar con asientos estatales, constituir mayorazgos, adquirir nobleza y hacer acopio de prestigio social. Es aquí donde radica la escasa implicación del capital mercantil en la producción, pues, como se pregunta Jesús Cruz, ¿invertiendo en actividades industriales podrían obtenerse beneficios superiores al 50 por 100 sobre la inversión realizada, como en ocasiones se obtenían en el comercio de lana?. En última instancia, la escasa inversión en actividades productivas se relaciona con el atraso estructural de la economía y de la sociedad feudal del interior que seguía manteniendo las actividades de transformación en un nivel artesanal, mientras que

15. PERIS BARRIO, A.: "La artesanía en la provincia de Madrid. Evolución histórica y localización espacial", Madrid, 1988, pág. 255. Gracias a esta feria y a su función comercial -su mercado suministraba los productos imprescindibles a los pueblos serranos- Buitrago continuó siendo en el siglo XIX el centro de toda la comarca. Sobre la feria, GRUPO '73: op. cit., págs. 118-121; FERNÁNDEZ MONTES, M.: op. cit., pág. 90 y GARCÍA HERNÁN, D.: "Población y sociedad en Madrid a finales del Antiguo Régimen: la Villa de Colmenar Viejo en el año 1800", Congreso Nacional "Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los descubrimientos", Madrid, 1994, págs. 1017-1018. Sobre las redes comerciales madrileñas en Galicia, CARMONA BADÍA, J.: op. cit., págs. 90-91.

los hacendados, poseedores de los recursos, se desentendían de la explotación agraria. Todo lo cual incidía en un mercado madrileño cuyas limitaciones se palpaban en la abrumadora presencia de productos importados. Hablamos, en suma, de una burguesía que no rechaza las actitudes sociales del sistema tardofeudal sino que vive a sus anchas en él¹⁶.

Esta tónica no era óbice, sin embargo, para que determinados mercaderes madrileños se mostraran interesados en la manufactura. Los ejemplos del curtido, el jabón y el papel ilustran la dependencia de la industria madrileña con respecto a la producción foránea, y la involucración del capital mercantil en sectores cuya producción devengaba pingües ganancias.

Los casos de Pozuelo y Aravaca, localidades de señorío, nos remiten a la industria del curtido. Antes que nada hay que decir que la existencia en los alrededores de Madrid de estos importantes centros productores, y de un ramillete de pueblos con una producción más modesta, fue posible gracias a la presencia de una abundante cabaña ganadera, de una flora que proporcionaba los curtientes básicos para el proceso de producción de la piel, y de una política de exenciones y privilegios por parte de la Corona¹⁷.

La fábrica que dio realce a Pozuelo fue fundada por la Compañía de Curtidos a principios de los años cincuenta, ocupando a 95 trabajadores, en su mayoría maestros y oficiales curtidores, guanteros, mozos de carros y peones¹⁸. Más interés tienen las tenerías de Aravaca, que se nutren de los campesinos víctimas del desigual reparto de la tierra, el 75 por ciento de las fincas cultivables del pueblo pertenecían a los privilegiados, que además acaparan las mejores (la Villa de Madrid, la nobleza cortesana y la Iglesia). Estos rasgos se reflejan en la estructura socioprofesional de Aravaca, marcada por la supremacía de los jornaleros: más de un tercio de los vecinos con profesión reconocida. En este contexto de proletarización de los campesinos vamos a ver maniobrar a ciertos capitalistas de Madrid interesados en el jabón, negocio que allanó el camino a iniciativas que tuvieron su plasmación más visible en la fábrica de curtidos de

16. CRUZ VALENCIANO, J.: "Gentlemen, Bourgeois, and Revolutionaries: Madrid and the Problem of the Formation of the Spanish Bourgeoisie, 1750-1850", Universidad de California, San Diego, 1992.

17. LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo I, pág. 46. Sobre los molinos de zumaque, A. PERIS BARRIO, op. cit., pág. 202. Sobre la exención de impuestos, véase el real decreto de 18 de junio de 1756, citado por CAMPOMANES.: "Apéndice a la Educación Popular, Parte II", págs. 26-7.

18. Este contingente de asalariados influyó decisivamente en la vida del pueblo - sólo contaba con 121 vecinos - como demuestra el surgimiento de conflictos laborales. En 1753, con motivo de la escasez del grano, todos los operarios quisieron dejar la fábrica, por lo que en pleno invierno se hubo de levantar una tahona en su interior para el suministro de los operarios. *Comprobaciones del Catastro*.

Ibarrola Llaguno, vecino de Madrid y consejero de Hacienda, que ejemplifica el interés que algunos burócratas mostraron por la manufactura¹⁹.

Ibarrola era un noble navarro que se destacó por compaginar los servicios al Estado con las prácticas comerciales en Madrid. Así, cuando en 1774 establece su fábrica de curtidos -para lo que forma una compañía con dos comerciantes madrileños- no le resultó difícil, gracias a su conocimiento de los engranajes de la administración, conseguir el apoyo estatal, plasmado en privilegios fiscales y ventajosas para la distribución de sus productos. Su fábrica tenía un batán para la manufactura del ante, mientras que a corta distancia había "balsas" donde se lavaban las pieles. En 1785 la compañía contaba con un fondo de 600.000 reales, con el que contrataron a varios maestros nacionales y extranjeros, y a 60 oficiales, 6 aprendices y algunas mujeres; en definitiva, un heterogéneo grupo que incluía a curtidores y zurradores, guanteros, pellejeros y anteros, que elaboraban un total de 40 géneros de distintas calidades, colores y tipos de piel. La demanda de estos productos, pero sobre todo del excelente ante fino negro y el de color natural, alcanzaba a las personas de los monarcas²⁰.

En el resto de la provincia solo había tenerías en Vicálvaro, Borox y Alcobendas. Estos casos y el de Aravaca demuestran cómo son los intereses del capital madrileño los que están detrás de algunos de estos establecimientos. Así, las dos fábricas de Alcobendas, localidad de señorío, pertenecen a dos vecinos de la capital. Una de ellas producía anualmente 500 cueros de suela de la tierra, mientras que la segunda labraba la misma cantidad de suela además de 4.000 badanas, 3.000 cordobanes, 1.200 baldeses e importantes cantidades de otros géneros. Una vez más, la demanda madrileña introduce un factor de dinamismo, pues el capital, aunque tenía una cierta tendencia a instalarse en lugares de realengo, no reconocía jurisdicciones ante las expectativas de obtención de beneficios²¹.

19. Sobre la estructura de la propiedad, véase HERNANZ ELMIRA, J.L.: "El proceso de señorialización en la Europa meridional durante el Siglo de Hierro. Las ventas de vasallos en la Corona de Castilla (1560-1680)", Memoria de licenciatura inédita. UAM, Madrid, 1994, págs. 276-278.

20. AHPM, Prot. 19526, f. 324. Véase también LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo III, págs. 33-5. Sobre los privilegios fiscales y el escudo real que figuraba en la portada de la fábrica, PERIS BARRIO, A.: *op. cit.*, pág. 207. Sobre los operarios, "Interrogatorio de Lorenzana", Tomo I, pág. 59.

21. LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo III, págs. 85-6. Como todas estas tenerías, más las de Madrid, no cubrían la demanda urbana de las zapaterías, el terreno estaba abierto para la penetración del capital catalán en el negocio del calzado de la Corte. A finales del siglo XVIII los zapateros de dicha región vendían en Madrid más que todos los zapateros locales juntos. Al respecto, el único pueblo con un número representativo de zapateros era Colmenar Viejo, en donde había 30 maestros de obra prima. "Interrogatorio de Lorenzana", Tomo II, pág. 160.

El curtido arroja luz sobre algunas de las características de la producción de nuestros pueblos. En primer lugar, el escaso aprovechamiento de las potencialidades del terreno, sobre todo, por la ausencia de inversión productiva. En segundo, la dependencia del mercado local, pero también del mercado de la gran urbe. En tercer lugar, aunque nó en importancia, la penetración -a veces decidida, a veces renuente, pero siempre ambigua- del capital mercantil en la esfera productiva. El caso del jabón puede servir para ejemplificar este último aspecto.

La ubicación de las fábricas de jabón permite seguir las estrategias que adoptaron los inversores y las posibilidades naturales del territorio (la presencia de agua, por ejemplo). En 1780 estas calderas se localizan en los alrededores de la ciudad: Aravaca (2), Alcobendas, los Carabancheles (3), Fuencarral, Leganés (2), Las Rozas y Villaverde. Un total de once fábricas, aunque tan sólo unas ocho estaban en uso, produciendo anualmente 50.000 arrobas de jabón. Este mapa incluye una segunda zona entre los ríos Henares y Tajo, en la que se encuadran las calderas de Torrejón de Velasco, Ciempozuelos, Titulcia, Colmenar de Oreja, Chinchón y Villarejo de Salvanés. En la primera zona es donde mueven sus peones los mercaderes madrileños; mientras que en la última lo hacen los señores de las villas²².

El mercado local resultó ser un verdadero acicate para los comerciantes dedicados a la fabricación de este producto, lo que explica que apareciesen intermediarios encargados de su suministro a la Corte. En el caso de José A. de la Palenque, a su condición de abastecedor de aceite y vinagre a Madrid se añadía la circunstancia de que en 1767 consiguiera el permiso de entrada y venta de un jabón sin fuego -producido en el entorno madrileño- en los puestos públicos que al efecto tenía destinados en la capital. Además, por estas fechas, la involucración de vecinos madrileños en la jabonería de los pueblos cercanos era ya una realidad (Fuencarral, Torrejón de Ardoz, Brunete y Carabanchel de Arriba). Se trata de comerciantes propietarios de calderas que no estaban directamente implicados en la producción sino que delegaban en administradores y fabricantes la gestión de sus plantas. Eran personas activas, algunos incluso oficiales de la administración, que arriesgaban su capital sin saber qué beneficios iban a obtener a corto plazo. No obstante, en poco tiempo, la producción de estas fábricas consiguió un rápido aumento "por el crecido consumo y extracción que experimentan de los pueblos inmediatos y otros más distantes"²³.

Carabanchel de Abajo era uno de los pueblos donde el capital mercantil invirtió más en la producción de jabón, siendo en la segunda mitad del siglo la localidad de la provincia con mayor dedicación a este producto. Algunos mercaderes

22. LARRUGA, E.: "Memorias..", Tomo III, págs. 183-184.

23. AHN, Consejos, legajo 1.203, exp. 15, f. 7r. (pieza separada del expediente principal). LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo X, pág. 11.

consiguieron introducirse en este negocio gracias al endeudamiento de los fabricantes. Además, los Cinco Gremios Mayores, que monopolizaban el abasto de sebo de Madrid, contaban también en esta localidad con una de las fábricas de jabón más importantes, que abastecía a la Corte y a gran parte de Castilla y Galicia²⁴.

En este serial del capitalismo madrileño tienen un papel destacado las dos calderas de jabón de Carabanchel de Arriba, cuya producción en 1778 era de 15.000 arrobas y a cuya cabeza se hallaba el francés Francisco Cabarrús, que tuvo en el jabón sus primeros contactos con el mundo de los negocios hacia finales de los sesenta. El buen resultado de los ensayos que realizó en una factoría de su suegro en Valencia, animó a la firma a fundar un nuevo establecimiento en los alrededores de Madrid. En 1772 Cabarrús estaba en Carabanchel dirigiendo una fábrica desde la que fue tejiendo unas redes de suministro de jabón a la Corte, que, a la postre, le sirvieron de auténtica catapulta. Situado, gracias a este producto, en el mismo corazón de la rica comunidad mercantil gala de Madrid, no le fue difícil introducirse en los entresijos de las finanzas cortesanas, sector al que debió su fama y su desdicha final. No obstante, a pesar de su meteórica ascensión al mundo financiero y de la diversificación de sus inversiones en los más significativos sectores mercantiles (aprovisionamiento de la capital, lana, operaciones de cambio), Cabarrús mantuvo hasta muy tarde una estrecha relación con el jabón. Este breve repaso de su biografía permite mostrar las posibilidades de ascenso social que ofrecía este sector manufacturero y la penetración del capital mercantil foráneo en la producción madrileña²⁵.

La nobleza

El ejemplo de Cabarrús demuestra que el jabón no sólo generaba una gran cantidad de burbujas, sino también posibilidades de ascenso en la escala social. Tal vez esto último fuese lo que impulsase a la inversión en determinados pueblos de señorío, e incluso a los mismos nobles a costear los gastos de construcción y mantenimiento de las calderas. Al respecto, Chichón y Aravaca destacan por su tradición en la producción de este bien. Hacia 1750 las siete fábricas de Chinchón proporcionaban a sus propietarios beneficios cercanos a los 12.000 reales, a los que cinco de ellos añadían pequeñas

24. El endeudamiento de los fabricantes en, AHPM, prot. 19.600, ff. 306r-310v y 380r-387v; y prot. 19.802, f. 46. Sobre los Cinco Gremios, LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo III, pág. 183.

25. La fortuna labrada por Cabarrús no estuvo exenta de problemas, destacando los surgidos por la elaboración del jabón. Para más detalles, véase AHN, Consejos, legajo 1.203, exp. 15. Para su biografía, véase CRUZ, J.: op. cit., págs. 260-286. Sobre la comunidad francesa en Madrid, OZANAM, D.: "Les français à Madrid dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle", págs. 177-199, en MADRAZO, S. y PINTO, V. (dirs.): op. cit, Madrid, 1991; y sobre los banqueros franceses, ZYLBERBERG, M.: "Un centre financier 'peripherique': Madrid dans la seconde moitié du XVIIIe siècle", *Revue Historique*, 543, 1983, págs. 275-281.

cantidades procedentes de su conexión con los molinos de aceite que había en la localidad. Además, el jabón movilizaba a 22 arrieros que transportaban su producción principalmente a Madrid. En 1780 las calderas eran 18, con una capacidad de 800 arrobas cada una. A partir de aquí se produjo un pronunciado descenso, plasmado en las 7 jabonerías de 1794. Por su parte, Aravaca contaba también con una industria jabonera que se remontaba al siglo XVII, cuando en el pueblo se hallaba la fábrica más importante de la provincia. Un siglo después había cuatro fábricas de jabón, todas en administración, con unos beneficios que oscilaban entre los 10.000 y 15.000 reales. Dos de ellas eran de vecinos de Madrid: Ambrosio José Negrete y José de San Roman (contador mayor del Consejo de Hacienda)²⁶.

Estos dos pueblos de señorío ilustran las posibilidades que había de invertir en producción y comercialización de artículos de primera necesidad, que normalmente reportaban grandes beneficios y atraían la inversión de la misma nobleza como manifiestan los Negrete y el marqués de Perales. La primera familia tuvo durante la primera mitad del siglo tres fábricas en Leganés, Getafe y Chinchón. La de Leganés pertenecía a José de Negrete, que contaba con experiencia en el tráfico de aceite, una de las materias primas del jabón, y no es casualidad que en la segunda mitad del siglo se estableciese un almacén general de aceite en dicha localidad, donde estaban obligados a acudir a abastecerse todos los fabricantes de jabón. La jabonería de Getafe era de su hermano Cándido José y llegaba a producir anualmente unas 40.000 libras, que hacia 1750 le reportaban unos beneficios de 22.000 reales. La última fábrica estaba en Chinchón y pertenecía al marido de Ana de Negrete, secretario real. Constaba de molino y almacén de aceite estimados, en 1731, en 58.197 reales. Los Negrete abandonaron la jabonería antes del reinado de Carlos III, a diferencia del marqués de Perales del Río, que, en la década de los sesenta, estableció en el antiguo despoblado de Perales dos calderas que producían unas 24.000 arrobas²⁷.

26. AHN, Consejos, leg. 1.203, exp. 15, (exp. separado del principal) f. 30v. La actividad de estas calderas debió de ser menor hacia 1780, ya que entonces sólo había dos calderas que producían un total de 15.000 arrobas anuales. Una de estas fábricas pertenecía a la casa de Campo Alange y la otra, a la vecina de Aravaca Doña Francisca García. "Interrogatorio de Lorenzana", págs. 59-60. Larruga cita también las fábricas de J. A. San Román, J. Quilli y Josefa Vázquez, vecina de Madrid, que se hallaban "sin uso y maltratadas por falta de él". E. LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo III, pág. 183.

27. M. HERNÁNDEZ, M.: "A la sombra de la Corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)", Madrid, 1995, págs. 133-137. Ver AFPM, prot. 14.960; 14.963, f. 241; prot. 17.456. AHN, Consejos, leg. 1.203, exp. 15, f. 17v. (para Leganés). Hasta 1725 la jabonería de Chinchón pertenecía al marqués de Estepa, que la vendió a Moreno Villodas, el marido de Ana María de Negrete. AFPM, prot. 14.904. ff. 203v-206v. Sobre Perales del Río, *Lorenzana*, Tomo II, pág. 262. Además, los madrileños se introdujeron en señoríos más alejados como Villarejo de Salvanes, donde José F. de Gorbea tenía una caldera en la que mantenía a un administrador, un maestro y dos oficiales. Otro centro relacionado con la nobleza fue el establecido en el Nuevo Baztán por Juan de Goyeneche. LARRUGA, E.: "Memorias..", Tomo X, págs. 10 y 16.

A la vista de estos datos el jabón apunta a una protoindustria en su sentido más clásico: comerciantes introducidos en el proceso productivo, mercados extrarregionales, proletarización de los maestros fabricantes. En cuanto a la demanda, algunas de las fábricas citadas surtían a mercados distantes. En la segunda mitad del siglo el jabón de los pueblos madrileños se suministraba a Galicia y otras provincias, como Segovia, cuyos agentes acudían a Fuencarral para la extracción de más de 400 arrobas de jabón²⁸.

La iglesia, los asentistas, los fabricantes catalanes y, de nuevo, el capital mercantil.

El producto que vamos a analizar a continuación, el papel, trae a escena a nuevos grupos sociales: la Iglesia, los fabricantes catalanes y la nobleza de los asientos. Si la monarquía potenció la producción de determinados artículos de interés estratégico, en el caso del papel esta política se completó con la concesión a instituciones eclesiásticas del permiso de producirlo y comercializarlo en régimen cercano al monopolio. De hecho, dos de las más importantes fábricas de papel del país pertenecían a la Iglesia: la del monasterio de San Lorenzo de El Escorial en La Adrada, y la de El Paular en Rascafría. De los molinos de la segunda fábrica procedía el grueso del papel consumido en Madrid, aunque a la ciudad también llegaba el de otras fábricas de Castilla y de Génova²⁹.

La nobleza de los asientos se halla representada en la industria papelera por la capacidad inversora de Juan de Goyeneche, primero, y de su hijo, el marqués de Belzunce, después³⁰. Goyeneche reconvirtió en 1715 el batán de Orusco en una fábrica que contaba con un molino, 3 titas y 24 pilas con capacidad para producir papeles finos, entrefinos y de imprenta. Cuando en 1748 la denominada fábrica de "arriba" pasó a su hijo, se acometió un plan de reparación del edificio y se compró utillaje y materias primas. Esta nueva fábrica contaba con 40 empleados entre hom-

28. AHN, Consejos, leg. 1.203, exp. 15, f. 116r. y pieza separada del mismo legajo, f. 8v.

29. Para la fábrica de La Adrada, véase E. LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo XX, págs. 195-198. Para el resto de fábricas de la provincia de Madrid, véase del mismo autor y obra el tomo III, pág. 113. Sobre la procedencia del papel, CAPELLA, M.: "La industria en Madrid", Tomo I, Madrid, 1962, págs. 213-214.

30. Este emprendedor personaje navarro fue nombrado tesorero de Milicias, cargo que le serviría para entrar en el mundo de los asientos y las contratas con destino al ejército; experiencia que le sería de gran utilidad en sus trasiegos manufactureros. Las iniciativas de Goyeneche no se agotaban en la industria papelera como demuestran la fundación de los complejos fabriles de La Olmeda de la Cebolla y Nuevo Baztán, que suponen una solución modélica a dos problemas concretos: el restablecimiento de la industria nacional tras la guerra de Sucesión y el afán de repoblación. Su biografía y estas experiencias han sido analizadas por CARO BAROJA, J.: "La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)", Pamplona, 2ª ed. 1955, y BENITO APARICIO, F.J. de.: "El Nuevo Baztán en sus orígenes", Madrid, 1981.

bres, mujeres y niños, pero las cosas no debieron de irle bien ya que el Catastro sólo contabiliza una veintena. Sea como fuere, la fábrica representa hasta los años 90, momento en que pasó a Lorenzo Guarro, un ejemplo de lo que podía hacer la nobleza cuando veía posible aumentar sus ganancias³¹.

La fábrica de "abajo" de Orusco nos introduce en el interés de los fabricantes catalanes en el negocio papelerero, pues fue fundada por José Solernu en 1733. Con él vinieron, fundamentalmente desde Cataluña, cuarenta y cinco asalariados (hombres, mujeres y niños). La apuesta de Solernu iba en serio, como lo demuestran los 24.000 pesos con que cubrió los gastos del traslado de los operarios, la construcción del molino y la instalación de una casa, oficinas e instrumentos, para producir 20 resmas diarias, cantidad idéntica a la otra de Orusco³². Desde comienzos del siglo XVIII vemos como los intereses catalanes se orientan hacia la producción del papel que se consume en Madrid. No obstante, habrá que esperar a finales de siglo para que un importante competidor, el papel producido en la misma Cataluña, se convierta en el verdadero protagonista del despegue papelerero madrileño. Ello no evitó que en la siguiente centuria continuasen funcionando los centros productivos cercanos a la capital, o que incluso se abriesen otros nuevos³³.

Otro sector, el de las medias de seda, conoció a finales del siglo la presencia de un nuevo protagonista: la compañía de lonjistas. Estos mercaderes madrileños del ramo de la especiería surgieron con la liberalización del comercio americano (1765-1778) y, una vez establecidos en 1767, se dedicaron a traficar con cacao, azúcar, canela y materias tintoreras. La compañía se cimentaba en una red triangular en la que América proporcionaba especias, Toledo producía tejidos y medias de seda, y Madrid ponía los almacenes y la gestión del tráfico mercantil. Un año después de su establecimiento, la compañía comenzó a introducir en el ámbito toledano porciones de seda cruda para el surtido de los sederos, a los que se vendía al fiado o a cambio de tejidos. Así, los lonjistas lograron mantener en los años setenta 14 telares cuya producción, junto con la que compraba a los artesanos, era

31. Para la fábrica de Orusco, LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo IX, págs. 255-258. Con Lorenzo Guarro, la fábrica ocupaba a 12 oficiales y producía 4.000 resmas de papel blanco común. Este fabricante catalán poseía también en 1785 otra fábrica de papel en Ambite, a seis kilómetros de Orusco, de donde sacaba anualmente 2.500 resmas. "Interrogatorio de Lorenzana", págs. 50-51.

32. En 1785 la fábrica pasó al presbítero D. Francisco de Gozcué Rojas y Sandoval. "Interrogatorio de Lorenzana", Tomo II, pág. 92. Sus vicisitudes, en LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo IX, págs. 258-267.

33. De hecho, en 1825 continuaban las dos fábricas de Orusco, que elaboraban 10.000 resmas para las imprentas de impresión de bulas. REGÁS, A.: "Estadística...", pág. 75. Sobre el despegue catalán a finales del siglo XVIII, GUTIÉRREZ I POCH, M.: "Tradición y cambio tecnológico: la industria papelerera española, 1750-1936", en J. Nadal y J. Catalán (eds.), op. cit., págs. 341-368 (esp. págs. 346-348).

exportada al mercado americano³⁴. No contentos con este tráfico, los lonjistas se introdujeron en la administración de la antigua fábrica de Valdemoro, que había reiniciado sus operaciones en 1785. Las producciones del establecimiento no se agotaban en los artículos de seda, sino que abarcaban géneros de lana, lino, hilo, estambre y algodón. Para ello, los lonjistas se obligaron a crear un fondo de tres millones de reales para la compra de utensilios, capital con el que la fábrica se amplió a tres oficinas con sus respectivos telares, obradores donde se peinaban las estambres, un lavadero, y tintes para sedas y lanas. Además, el riesgo de los lonjistas era mínimo al haber asegurado su comercialización por una contrata con la Real Hacienda, que garantizaba el suministro de medias de seda al Ejército, la Marina y la Casa Real³⁵.

La puesta en marcha de la fábrica de Valdemoro dio empleo a los artesanos de unos veinte pueblos próximos a la villa. Mientras algunos de estos artesanos acudían a las instalaciones de Valdemoro, otros lo hacían a las escuelas establecidas en sus respectivas localidades. Además, la fábrica abrió almacenes en el mismo Valdemoro, Madrid, Medina de Rioseco, La Coruña, Aranjuez, Toledo, Sevilla y Cádiz. Esta red de comercialización y los esfuerzos inversores de los lonjistas llevaron en tan sólo cinco años a la expansión plena de la fábrica³⁶.

Conclusiones

Estas experiencias nos enseñan, como sugiere Pat Hudson, que deberíamos prestar más atención a la "inmensa variedad de estructuras organizativas e industriales, y [...] a la correspondiente diversidad de acumulación y cambio" que encerraban las industrias rurales de los tiempos pasados. Madrid y su provincia no son una excepción; sus actividades manufactureras componían un mosaico cambiante de formas productivas cuya convivencia podía dar lugar al debilitamiento de unas y al fortalecimiento de otras.

¿Por qué algunas de estas experiencias se frustraron y otras evolucionaron?. Para responder a esta pregunta habría que tener en cuenta un vasto conjunto de factores. Aquí sólo hemos arrojado alguna luz sobre unos pocos: la peculiaridad del contexto agrario, la abundancia de materias primas y recursos energéticos, y la

34. LARRUGA, E.: "Memorias...", Tomo I, págs. 295-301.

35. Sobre la fábrica de Valdemoro establecida por José Aguado Correa a principios del siglo XVIII, KAMEN, H.: "La guerra de Sucesión, 1700-1715", Barcelona, 1974, págs. 153-155; para lo que sigue, CORELLA, P.: "Reales manufacturas de Valdemoro: tejedores franceses y flamencos", Madrid, 1992.

36. Sobre la seda en los alrededores de Madrid, véase NIETO SÁNCHEZ, J.A.: "La influencia de la demanda cortesana: la seda en Castilla en el siglo XVIII", *Mnemosyne, Revista de la Federación de Asociaciones de Jóvenes Historiadores*, 3, 1995, págs. 177-219.

influencia de ciertos sectores sociales urbanos. Otros elementos no menos importantes como el auge o declive de la organización gremial urbana, la intervención estatal o las iniciativas que podemos denominar empresariales, están aún pendientes de un estudio monográfico que, como hemos indicado al principio, desbordaría ampliamente los límites de un ensayo como el presente.

El tipo de agricultura fue una condición necesaria, aunque no suficiente, para el desarrollo manufacturero rural. Aunque parece que el contexto más favorable para la manufactura rural era aquel en el que predominaba una agricultura de subsistencia, esta situación podía igualmente haber tenido dos consecuencias muy divergentes: la especialización y dedicación plena a la manufactura, o, por el contrario, la emigración.

La presencia de ciertas condiciones ambientales y recursos energéticos (por ejemplo, las corrientes de agua), fue otro de los factores que favoreció la instalación de las primeras fases de la producción de algunos sectores en el medio rural, caso, entre otros, del textil, el curtido o la industria papelera, que dependían de la instalación de molinos, batanes o tendedores. Esto explicaría en parte la especialización de los artesanos urbanos en los oficios de las últimas fases del proceso de transformación o en aquellas que requiriesen una exquisita cualificación técnica.

Estas características físicas o ambientales constituyen únicamente la base sobre la que podrían prosperar las iniciativas industriales en el campo. El concurso de la inversión de capital era un factor decisivo para que dichas iniciativas se materializasen, y sólo la ciudad, con sus capas sociales acaudaladas, podía aportar este decisivo ingrediente. En el caso de Madrid, sede de la Corte, los grupos sociales que estaban en posición de invertir capital en el entorno eran numerosos, pero, sin embargo, poco inclinados a estos riesgos. La involucración del clero y la nobleza siempre fue escasa, y los mercaderes, salvo las excepciones que hemos expuesto en estas páginas, parece que habían asumido la tesis de Jürgen Schlumbohm que orienta la tendencia innata del capital a la maximización de beneficios y no a la inversión productiva. Fueron muchos los que se mostraron más interesados en obtener dividendos a través de la adquisición de bienes inmuebles, asientos o rentas. Pero tampoco hay que olvidar el papel que jugó parte de este capital mercantil madrileño en el desarrollo de las manufacturas rurales de sectores como el jabón, el curtido o la seda.

Estos indicios nos llevan a matizar la visión que se ha propagado de Madrid como ciudad parasitaria que sometía a su entorno a una dependencia de la que extraía rentas y excedentes agrarios, pues sólo nos muestra una parte del cuadro. No podemos negar la existencia de relaciones que generaban servidumbres (los sis-